

te, por todas las bocas y todas las necesidades, porque si tienes mucha hambre, ya vales menos, ya necesitas menos, ya te mueres o te salvas fácilmente, él se tornó en comida difícil para los estómagos estragados del imperio, se tornó en sopa hirviendo, Manuel, en comida que se enfría o se entibia sólo para alguna desconocida gente, para algunos estómagos innumerables, para algunas antiguas ansias y carencias. Tuvo lo que no tenía esta humilde sopa solitaria servida en un barrio amable de esta ciudad y que yo, ahora, en vísperas, seguramente, de enfermarme grave de los riñones, estaba descubriendo alrededor de la necesidad de redactar un pequeño informe, una superficial, estirada y sintáctica mentira de cómo habíamos pasado las aburridas vacaciones del verano, describan las aburridas vacaciones o el salón de lecturas en medio del calor o la casa después de los funerales, describa el rostro de su madre o el rostro de la Margarita Damke cuando sube la escalera vecina, cuando baja la escalera, etcétera. Pero aquí estaba la sopa, la sopa era mis vacaciones, la sopa era mi soledad y mi aburrimiento, la sopa reflejaba no sólo las flores de yeso del techo blanco, describa ese reflejo, solamente ese, porque ¿qué voy a hacer después en la vida, si soy expulsado de los frailes, si tu padre o tu tío deciden finalmente no darme un modesto puesto de vendedor en la librería? No, no quiero cualquier cosa, quiero una pequeña cosa definitiva, un mínimo destino total que yo elija, quiero elegir, no quiero ser elegido, ¿oíste, sopa? ¿Oíste, sopa, el pequeño código y decálogo que estamos redactando con Manuel Salvat, imaginándolo en el silencio? Él se sonríe quedo y va volteando la cabeza para decir que bueno, que a lo mejor, que probablemente, ¿dices que bueno, Manuel, lo dices verdaderamente, sin reticencia, y sin pacto de sangre? ¿No es algo así como por amistad solapada y marginal o por futura confidencial lástima? ¿No es una solidaridad desesperada, de sopas solitarias dejadas por la mano despiadada de Dios, cogidas por las manos ávidas de mis tíos? Si cada boca elige su plato y su sopa, es justo e histórico que cada sopa debe elegir su boca y su cuchara, cada sopa cristianamente condenada y sacrificada debe pensar en él, debe pensar ajustada y reconcentradamente en él, en la sopa de Cristo, en la comida que es Cristo y no aceptar ser borrada y suprimida por cualquier gula militante, sino por cualquier necesidad terrenal y pura, por ese sufrimiento y esa soledad que es toda hambre verdadera y profunda, y en este sentido, sopa, hermana sopa, humilde hermana esencial, elige no sólo a tu boca sino especial y únicamente a tu hambriento y en él quedarás harta, no olvides, sopa, que si verdaderamente eres comida y alimento, y no sombra fugitiva, si eres verdaderamente brin-

*dada, bebida y asimilada, ahora mismo empezará tu verdadera vida, la vida para la que fuiste creada y calentada, y si te comió un triste te convertirás en alegría y si te comió un cansado te convertirás en aliento y en asiento, en su mano, en su pie, en su mirada, te convertirás en hombre, sopa hermana, hermana muda vestida de humildad y de tibieza, ya que abandonaste la fiereza del hervor y del calor, que eran tu seguridad, tu vida y tu supervivencia, no lo olvides, no te olvides en este corto y definitivo trance, que si ellos, los tristes, los cansados, los solitarios, tenían esperanzas de comer, tú tenías esperanza de no ser comida, es decir, debías tenerla, pero te olvidaste y te perdiste, te olvidaste de ti misma, hermana sopa, te entregaste fácilmente al suicidio, saltando de la soledad hacia la nada, hermana despedazada y fría, ahora, ahora tienes el plato que mereces, ¿verdad, Manuel, que es mejor que se lo diga?, cada sopa tiene el plato que merece, Manuel, Manuel, ¿por qué no se lo habremos dicho antes, cuando todavía era tiempo? Debimos pensar en él, en Cristo el vociferante, el furioso, el guerrillero, en Cristo el indigesto y el eterno, la eterna sopa, la eterna comida, el eterno alimento servido en permanencia en los comedores de Dios padre. El no se había dejado engullir, él no quiso ser alimento que era comido, sino alimento que comía y que mantenía, que se mantenía fiero, desafiante y acosado allá arriba en el monte, un comedor vertical e inabordable, exótico y exclusivo allá en el monte, un comedor para los desparramados y desarrapados hambrientos internacionales que él ya estaba eligiendo y congregando. Qué ganas de imitar su ejemplo y, sobre todo, su silencio, su absoluto silencio de comedor cerrado del colegio, antes que suene la campanilla de la misa, que ya huele un poco a chocolate y corra luego el chocolate ondulando por el piano de concierto del padre Rolando y la pizarra de ecuaciones del padre Aquiles. No, no te dejes engullir, sopa humilde y callada, hermana sopa fea y callada, hermanita modesta, confiada, indefensa, no te dejes engullir, no te dejes enfriar y, sobre todo, no te olvides, no, no te olvides, no pierdas la confianza ni el calor, no pierdas tu calor ni tu furia, tu furia es tu seguridad y, desde luego, tu supervivencia. ¿No los has mirado todo el tiempo a mis tíos? Ellos lo saben y tienen la seguridad y mirando la humareda, todas esas humaredas adventicias que dibujan vagamente la forma concreta de la mesa, se quedan ovillados y quietos, brevemente eternos, pacientemente interminables, esterilizados por la espera del sabor, alargando sus pescuezos hacia el yeso del techo y el paisaje repetido del papel, el molino, los zuecos, las nubes del cielo que vienen del Norte, la aldeana que viene de su inocencia hacia su soledad, mis tíos esperan, ese es su trabajo, esperan*

perfectamente, pacientemente, con una seguridad o una fatalidad que viene desde el fondo de la provincia, con una certeza que les da la pobreza y el apetito enfermo, saben que si esperan lo que sea necesario, todo habrá salido admirable y justiciero, porque el tiempo, el pequeño insignificante tiempo de su resurrección ya viene por el pasadizo, cayendo de los helechos y de la palmera, goteando entre las flores, el tiempo radioso y bestial en que tú estarás soñolienta primero, tibia primero, después enfriándote rápida, cobardemente, sin defensa, sin recuerdos, incluso sin olvido y también sin perdón de Dios. El, Dios, tal vez te perdone, pero él no, Cristo no, él es más nuevo y más completo, su experiencia es más terrestre y más terrible, él conoce suficientemente los comedores de aquí abajo, los que sirven en ellos y los que son servidos, los que comen y los que son comidos, los que comieron siempre eternamente, toda la vida y toda la muerte, en la montaña y en la llanura, en el mar y en la nieve, en la ciudad y en la aldea, en todas partes y en los que en todas partes fueron comidos, siempre fueron preparados y enseñados para ser comidos, siempre fueron esperados y empujados para ser comidos, siempre fueron adormecidos y adornados y pintados y encadenados para ser comidos, por eso él se tornó furioso y malvado y se llenó de calor y empezó a hervir de rabia, de pasión y de recuerdos y ahí en la cruz está un poco desclavado y torcido por el furor y por el humo, porque desde entonces, desde el jueves y el viernes, no se deja comer, a pesar de que todo el tiempo y en todos los países, en todas las formas y en todos los idiomas y en todas las figuraciones y mentiras e invenciones y transgresiones y promesas y llantos y juramentos y legislaciones e interpretaciones y amenazas y desahucios, han pretendido comerlo y transformarlo en comida, en otra comida falsa, en otra comida sosegada fácilmente comible y digerible, pero se equivocaron, Manuel, medio a medio del velo del templo se equivocaron, se siguen equivocando, aunque nadie lo sepa, aunque muy poca gente se dé cuenta y especialmente muy poca gente lo diga y lo denuncie. ¿Y por qué se enfría ella, entonces, cada mañana, cada noche, en el comedor donde es rodeada prisionera y esperada y sacrificada para eso? Esperada, Manuel, y ella se deja y se entrega inerme en el plato abierto, se olvida y se pierde, adquiere un cuidadoso miedo y empieza a evaporarse, a evaporar su coraje, su rabia, su calor, su esperanza, sus deseos, su certeza, sus deseos de seguir empecinada y eterna, esperando, como ellos esperan para comerla holgados y definitivos y por fin suspiran desolados y jubilosos y arrastran la silla, arrastran finalmente la silla, sueltan sus músculos y sus ansias, se sueltan ellos que estaban amarrados,

clavados y prohibidos y se derraman por la mesa, por el plato, por la cuchara, por el alma y el cuerpo crucificado y entibiado de la sopa y van metiendo su hambre y sus facciones, sus ruidos y sus palabras en ella, hasta que desaparecen ellos enteramente, pero ella también. Todo, porque no tuvo coraje, todo porque no tuvo tiempo ni miedo de tener coraje y se olvidó, se entregó olvidándose. Yo no lo olvidaba, persistente y afiebrado, Manuel, y pensaba en ella, pero no sólo en ella y cuando estaba en la pieza, tendido aburriéndome en la cama, mirando la claraboya por la que pasaban nubes delgaditas y altas, murmuraba pesaroso y airoso, no, no, no, no te dejes engullir, no te dejes enfriar, no te entregues, ¿y no es verdad que tenía razón al decirle, que tenía absoluta razón al pensarlo y no olvidarlo, pero no sólo por ella, la humilde, anónima y universal sopa? Alguna vez habremos oído, aquí mismo en el colegio, en los pasadizos, en los waterclosets, en las reuniones de estudio, en el salón grande, cuando Bouvet, el profesor de francés, y Lake, el profesor de inglés, discuten entusiasmados o airados las vicisitudes de la guerra del catorce o dicen cosas brutales o conmovedoras sobre Sacco y Vanzetti, ese par de pobres emigrantes asesinados en un país del norte, o en todos los países, alguna vez, ¿no es cierto?, habremos escuchado cosas parecidas y criminales y entonces pienso lo que pensaba esta mañana o el otro día o la otra noche, cuando nos dejaron castigados en la oscuridad, debajo de una lamparita, por no traer escritos correctamente nuestros recuerdos de las vacaciones, describa gráficamente su barrio o su camino del colegio a la casa y de la casa al colegio, o describa un día de sol, por ejemplo, un día nublado, por ejemplo, o mejor todavía cuando es de noche en la ciudad, ¿no crees tú que el padre Escudero nos dejó castigados sólo para que salgamos a esta hora a la calle y veamos surgir otra ciudad de las tinieblas, describa las tinieblas desprovistas de horror, pero éste sería otro tema de composición, otra manera lenta de mirar a través de la noche, imaginándola, nuestras insignificantes vacaciones? ¿No es verdad que por todos los ejemplos y coincidencias y ramificaciones que te he contado dan deseo de pensar ahora mismo en todos los comedores de la vida y del mundo, desde que el mundo es la vida, esta vida atravesada, tergiversada, reservada, equivocada e inconclusa? ¿No creés tú que la humilde sopa y su humilde drama son un peligro y una constancia que algo significan? ¿No sospechas tú lo mismo, el mismo terror, la misma ansia? ¿No es verdad que las revoluciones, todas las revoluciones, empezaron en los comedores o, por lo menos, en las cocinas? Seguramente en los estómagos, donde transcurre esa soledad que es el hambre. Si tengo tiempo después, si paso a

*la universidad, si sigo los estudios de historia y no de castellano, si estudio sociología en lugar de pedagogía en alguna ciencia literaria muerta o enferma, me gustaría juntar una cantidad de datos para una probable insolente monografía, un centón sobre el síntoma controlado y el comienzo de las revoluciones, y estoy seguro de que todas las informaciones y guarismos empezarían en la puerta del comedor, ahí donde, a dos metros, está la sopa desnuda y desamparada, la pobre e infeliz sopa que sopearán mis tíos dentro de un rato, tendida en la mesa, esperando en el hule su fatal injusto sacrificio, enfriándose decorosamente, sin voluntad, sin coraje, sin amor, sin pasión, sin odio, sin recuerdos, sin el brutal empuje necesario para resistir y mantenerse entera y caliente, hirviente, imposible, distante e intocable, sin dejarse engullir, pero ella se entrega, ella se olvida, ella se deja matar a borbotones, ¿te das cuenta, Manuel, de su espantosa increíble humildad, de su sumisión, de su repugnante insolente paciencia? ¿No crees que debo decirlo y escribirlo, por ella y por las otras sopas, insistiendo, insistiendo como un forzado, como un empecinado? Y después de hecho, después de contado y desarrollado el absurdo oscuro drama, gritar hacia el futuro, hacia los comedores y comederos de todas las calles y ciudades que aún no existen, ¡no te dejes engullir, no te dejes engullir, no te dejes...!*

CARLOS DROGUETT

Staffelstrasse 1  
3303 Jegenstorf  
SUIZA